

Apuntes sobre “Philosophy in the Flesh”

Javier E. Jiménez C.

“¿Quién se atrevería a afirmar que el lado objetivo es más real que el subjetivo?

Deberíamos intentar no mezclar ambos lenguajes;
deberíamos tratar de pensar de un modo más sutil...”

WERNER HEISENBERG¹

Introducción

El programa de los modelos cognitivos o espacios mentales, desarrollado a partir del cambio paradigmático que han implicado las actuales líneas de investigación en ciencias cognitivas, especialmente en neurociencia y neurobiología, ha superado el giro lingüístico original de sus objetivos para extenderse hasta implicaciones antropológicas, políticas, epistemológicas y filosóficas.

El impulso dado por la idea de *metáforas conceptuales* desarrollado por Lakoff y Johnson en su libro de 1980, *Metaphors We Live By*, ha sentado las bases para refundar el modo en que los seres humanos conocemos el mundo y al mismo tiempo, ha sido capaz de develar con inusitada profundidad, el modo en que las personas organizamos y comprendemos nuestra propia experiencia; alcanzando incluso los límites de la manipulación política o de la propaganda.

Desde un punto de vista estrictamente epistemológico resulta interesante revisar la coherencia del modelo que se deriva de los supuestos de una *mente encarnada*, para evaluar desde ahí sus alcances filosóficos.

Filosóficamente es crucial poner atención a la síntesis que la semántica cognitiva pretende, al declararse como una tercera vía distinta del objetivismo y del subjetivismo, identificando a ambos como *mitos que proveen una forma de hacer sentido a lo que ocurre*. Pero que en cuanto mitos, deben y pueden ser superados.

Una filosofía cercana al hueso

Lakoff & Johnson (1999) muestran cómo todos nuestros conceptos están anclados en nuestra experiencia corporal y se elaboran de un modo no trivial mediante procesos cognitivos (neurales) cuyos mecanismos básicos son metafóricos. En el sentido en que estos autores usan el término, la metáfora, si bien pertenece al dominio lingüístico, refiere a un nivel estructural de la cognición; es decir, disponemos de un sistema conceptual estructurado metafóricamente. La evidencia, para Lakoff & Johnson, se encuentra en el uso cotidiano del lenguaje, ya que “...la comunicación se basa en el mismo sistema conceptual que usamos al pensar y actuar”. (1980, p. 40). Si este supuesto –que el lenguaje refleja la naturaleza de nuestro sistema conceptual– es correcto, las metáforas conceptuales estructuran nuestra experiencia.

¹ Wilber, K. ed., **Cuestiones Cuánticas**, Editorial Kairos, Barcelona, 1988: 74.

De acuerdo a Lakoff & Johnson (1999), los principales tres descubrimientos de la ciencia cognitiva son los siguientes:

- a) La mente es intrínsecamente una mente encarnada.
- b) El pensamiento es principalmente inconsciente.
- c) Los conceptos abstractos son fundamentalmente metafóricos.

Filosóficamente, cuando estas tres conclusiones son consideradas en conjunto y con seriedad, las consecuencias son devastadoras para la tradición filosófica occidental, desde la metafísica de los presocráticos hasta la filosofía analítica y postmoderna. La devastación consiste en el error de haber hecho filosofía por más de dos mil años de manera empíricamente irresponsable (Ib. p. 3).

No obstante, “vivir una vida humana es una empresa filosófica”. Tomamos decisiones, por ejemplo, sobre la base de innumerables supuestos filosóficos: acerca de lo que es real, sobre el funcionamiento de nuestra mente, sobre cómo deberíamos actuar, acerca del tiempo y las conexiones causales, etc.

Pero en nuestra vida cotidiana no tenemos ningún problema para desenvolvernó con esos supuestos; de hecho, es una cuestión de supervivencia el contar con ellos. En cierto modo, dicen Lakoff y Johnson, todos somos filósofos, como parte de nuestra capacidad cotidiana de dar sentido a nuestra experiencia (Ib. p. 10).

Para la tradición, en cambio, la supervivencia está en peligro; entre otras, por las siguientes consecuencias:

La razón (nuestra capacidad para realizar inferencias lógicas, nuestra habilidad para indagar y resolver problemas, para evaluar, criticar, entendernos a nosotros mismos, a otras personas y al mundo) está encarnada: “...Los mismos mecanismos cognitivos que nos permiten percibir y movernos también crean nuestro sistema conceptual y nuestros modos de razonar” (Id. p. 4). Por lo tanto, no se trata de una propiedad trascendente del Universo. La razón es un rasgo evolutivo, ya que hace uso de nuestra naturaleza animal; por esto, nuestra capacidad racional no consiste en una esencia que nos separa del resto de los animales, en cambio, nos coloca en un continuo evolutivo con ellos. La razón es principalmente inconsciente, metafórica, imaginativa, y está arraigada a nuestras emociones. (Id.).

En suma, no hay dualidad cartesiana, ni categorías a priori, ni una persona utilitaria cuya racionalidad sea económica; tampoco hay lugar para la introspección fenomenológica capaz de descubrir todo acerca de la mente y la naturaleza de la experiencia; ni hay lugar para una persona postestructuralista para quien todos los significados sean arbitrarios, relativos, o históricamente contingentes. Por supuesto, no hay una persona fregeana, para quien el pensamiento sea pura abstracción y objetividad. Ni puede haber tal cosa como una mente capaz de computar símbolos formales; o una persona para quien el lenguaje sea pura sintaxis al estilo chomskiano. (Id. pp. 5 – 6).

¿Qué queda entonces?

...a philosophy close to the bone. A philosophical perspective based on our empirical understanding of the embodiment of mind is a philosophy in the flesh, a philosophy that takes account of what we most basically are and can be. (Id. p. 8)

Categorías, conceptos y experiencia

Si la ameba no categorizara, no sería un ser vivo. Por supuesto, la ameba no escoge cómo categorizar, simplemente lo hace: comida/no comida, hacia delante/hacia atrás. “Cómo categorizan los animales, depende de su aparato sensorial y de su habilidad para moverse y manipular objetos” (Id. p. 16). Las categorías son estructuras que nos permiten diferenciar aspectos de nuestra experiencia en tipos discernibles; pero, al contrario de las teorías clásicas, ellas no consisten en un rasgo del intelecto al cual se apela después de la experiencia: la formación y el uso de las categorías ocurre en la experiencia.

Los conceptos “son estructuras neurales que nos permiten caracterizar mentalmente nuestras categorías y razonar acerca de ellas” (Id. p. 19). En el caso humano, nuestras categorías son conceptualizadas por medio de *prototipos* o *casos ejemplares*, que usamos para desarrollar inferencias acerca de los miembros de una categoría en particular. En general, muchas de las categorías que usamos en nuestra vida cotidiana (consciente e inconscientemente) son conceptualizadas mediante una metáfora espacial, como si se tratara de contenedores, con un interior, un exterior y una frontera. De inmediato, esta metáfora impone complejos sistemas jerárquicos, con algunas categorías-contenedores dentro de otras categorías-contenedores. No obstante, tal metáfora oculta gran parte de la estructura de las categorías: oculta prototipos conceptuales, su estructura graduada y lo borroso de su contorno. (Id. p. 20)

Pero, ¿de dónde proviene esa rica estructura conceptual?

“Lo que hace a los conceptos conceptos es su capacidad inferencial, su habilidad para ligarse de maneras que conducen a inferencias. Un concepto es una estructura neural que es realmente parte de, o hace uso de, el sistema sensorio-motriz de nuestros cerebros. Muchas de las inferencias conceptuales son, en último término, inferencias sensorio-motrices.” (Id.)

Categorías de nivel básico

En el nivel básico, el sentido común, la física e, incluso, algunas ideas filosóficas, funcionan.

De acuerdo al modelo propuesto por Lakoff y Johnson (1999), disponemos de un conjunto de categorías básicas, adquiridas evolutivamente, que “ajustan óptimamente nuestra experiencia corporeizada de las entidades y ciertas diferencias extremadamente importantes en el entorno natural” (Id. p. 27). Por ejemplo, consideremos la categoría SILLA, que se encuentra “en el medio” de la jerarquía MUEBLE-SILLA-MECEDORA. Berlin et al.

(1974) y también Mervis & Rosch (1981) descubrieron que categorías medias, como SILLA, son cognitivamente *básicas*, porque tienen un cierto tipo de prioridad cognitiva (estadística) sobre las otras categorías superiores e inferiores, y se diferencian de ellas por características corporeizadas: imágenes mentales, percepción gestáltica, programas motores y estructura del conocimiento. De acuerdo a Mervis y Rosch, cuatro condiciones caracterizan el nivel básico (cf. Id. pp. 26 – 28):

- a) Es el nivel más alto en el cual una imagen mental puede representar a la categoría completa.
- b) Es el nivel más alto en el cual se pueden percibir formas generales similares entre los miembros de una categoría.
- c) Es el nivel más alto en el cual una persona usa acciones motoras similares para interactuar con miembros de la categoría.
- d) Es el nivel en el cual la mayor parte de nuestro conocimiento está organizado.

Filosóficamente, la importancia del nivel medio radica en los siguientes aspectos (cf. Id. pp. 26 – 29):

- a) La separación entre el nivel básico y los otros niveles responde a características corporeizadas. Por lo tanto, el realismo metafísico clásico no es correcto.
- b) El nivel básico de categorización muestra dónde el realismo ingenuo parece funcionar y dónde no: es el nivel en el cual nuestras categorías parecen ajustarse a categorías del mundo, debido a que es el nivel en el que interactuamos óptimamente con el mundo.
- c) Las propiedades del nivel básico explican un aspecto de la estabilidad del conocimiento científico. En general, todo instrumental científico, en cierto modo extiende nuestra capacidad para percibir, imaginar e intervenir en el nivel medio.

El corazón de nuestro sistema conceptual

Los conceptos de relaciones-espaciales caracterizan formas en el espacio y definen inferencias espaciales, y sobre ellos estructuramos todo nuestro sistema conceptual. Los conceptos de relaciones-espaciales no existen como entidades: no vemos la *cercanía* o la *lejanía*, vemos objetos donde sea que estén y nosotros atribuimos a ellos cercanía o lejanía respecto a un hito.

Por otra parte, “usamos conceptos de relaciones-espaciales inconscientemente, y los imponemos via nuestros sistemas perceptual y conceptual”. (Id. p. 31). Las relaciones-espaciales más elementales tienen una estructura interna, constituida por esquemas de imagen, un contorno y una estructura de tipo *trajector-landmark*. Peña (1998) sostiene que dos esquemas de imagen básicos pueden dar origen a muchos otros también descritos por Lakoff y Johnson: el *Esquema de Contenedor* y el *Esquema Origen-Trayectoria-Destino*.

La preposición EN, por ejemplo, está construida sobre un *Esquema de Contenedor*, el cual posee su propia “lógica” espacial, como se muestra en la figura 1. El *Esquema de Contenedor* es una esquema de imagen que consiste en una estructura gestáltica, ya que cada una de sus partes se define por su relación con las demás. Además, es un esquema conceptual que, si bien puede ser instanciado físicamente en un objeto concreto (como en la

expresión “viajé *en* un avión”), es modalmente transversal, de modo que puede ser aplicado en cualquier campo sensorial o experiencial (como en la expresión “estoy *en* ascuas”).

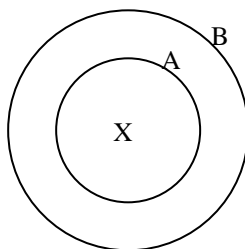


Figura 1. Esquema de Contenedor.

X está en A.
A está en B.
∴ X está en B.

También hay una lógica espacial en el *Esquema Origen-Trayectoria-Destino*, que presenta los elementos mostrados en la figura 2. Es el caso de las preposiciones DESDE (DE) y HACIA (A), que reflejan este esquema (“Vamos a partir *desde* cero”, “El amor por ella lo llevó *a* la locura”).

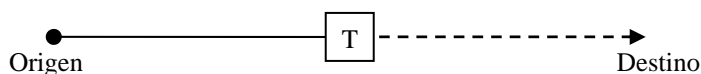


Figura 2. Esquema Origen-Trayectoria-Destino.

T ha seguido una ruta hasta su posición actual, entonces T ha estado en todas las posiciones previas en esa ruta.
Si T viaja desde A hasta B y desde B hasta C, entonces T ha viajado desde A hasta C.

Otros esquemas que hacen uso de conceptos de relaciones-espaciales incluyen proyecciones corporales (ADELANTE, ATRÁS), y otros esquemas de imagen, tales como: *Parte-Todo*, *Centro-Periferia*, *Enlace*, *Iteración*, *Contacto*, *Movimiento Forzado* (EMPUJAR, TIRAR, PROPULSAR), etc.

Eventos y Tiempo

Cuando un filósofo pregunta “¿*qué es el tiempo?*” la palabra tiempo tiene un significado para el filósofo; es decir, “esa persona ya tiene una conceptualización de TIEMPO en su sistema conceptual.” (Lakoff & Johnson, 1999).

En general, las personas tenemos un compleja noción de TIEMPO en nuestro sistema conceptual, la cual tiene significado por un conjunto de relaciones metafóricas y metonímicas. ¿Podemos pensar en el tiempo como un concepto en sí mismo, sin referirnos a conceptos tales como movimiento, espacio y eventos?

Para Lakoff & Johnson, la experiencia temporal no es otra cosa que la constatación empírica de la ITERACIÓN de EVENTOS.

“En el mundo, hay eventos repetitivos con respecto a los cuales otros eventos son comparados. Definimos el tiempo por metonimia: iteraciones sucesivas de un tipo de evento corresponden a intervalos de TIEMPO.” (Id. p. 138).

En consecuencia, las propiedades “literales” del concepto de TIEMPO derivan de las propiedades de EVENTOS:

- a) El tiempo es direccional e irreversible, porque los eventos lo son.
- b) El tiempo es continuo, porque experimentamos los eventos como continuos.
- c) El tiempo es segmentable, porque los eventos periódicos tienen inicio y fin.
- d) El tiempo puede ser medido, porque las iteraciones de eventos pueden ser contadas.

Entonces, ¿no hay algo a lo que llamamos TIEMPO? No y Sí. Lo que hay es nuestra experiencia temporal, pero esta experiencia depende de nuestra conceptualización encarnada del tiempo en términos de eventos. Esto significa que “la experiencia no siempre es previa a la conceptualización, porque la conceptualización es encarnada o corporeizada” (Id. p. 139).

La base conceptual de nuestro concepto de TIEMPO radica en la comparación de eventos, y esta es toda la literalidad a la que podemos aspirar. Sobre esta base conceptual la metaforización del tiempo es la única manera de caracterizarlo. “La mayor parte de nuestra comprensión del tiempo es una versión metafórica de nuestra comprensión del movimiento en el espacio.” (Id.)

Algunas *metáforas conceptuales* para el tiempo son (id. 139 – 155):

- a) La metáfora orientacional: “Él tiene un gran futuro *al frente*”.
- b) La metáfora del tiempo-móvil: “Ha *llegado* el tiempo de la acción”.
- c) La metáfora del observador-móvil: “Nos estamos *acercando* al final del año”.
- d) La metonimia evento-por-tiempo: “Marcelo Bielsa se emocionó *durante* la conferencia de prensa”.

La metáfora del observador-móvil permite pensar en el tiempo como lugares o regiones en el espacio y, así, concebimos los eventos como ocurriendo dentro de esas regiones temporales. ¿No supone esto que los “contenedores” deben existir antes que los eventos, para que estos puedan ser contenidos? En otras palabras, ¿es el tiempo metafísica o cognitivamente anterior a los eventos? Lakoff y Johnson responden enfáticamente: Solo en la estructura de la metáfora del observador-móvil el tiempo existe antes que los eventos; pero esto no ofrece soporte metafísico o cognitivo alguno a favor de su prioridad.

Sin embargo, la estructura metafórica del concepto de TIEMPO es todavía más rica, pues no se agota en el dominio del movimiento. Así, Lakoff y Johnson describen con detalle otras metáforas conceptuales que configuran el tiempo:

- a) Tiempo como recurso: “El *usa* su tiempo eficientemente”.
- b) Tiempo como dinero: “He *invertido* un montón de tiempo en el proyecto”.

En último término, si no podemos disponer de una única, unificada, objetiva y literal comprensión del tiempo, ¿tiene sentido la pregunta inicial: *qué es el tiempo*?

“...[E]ven within the limits of the metaphorical concepts we have, is a magnificent and enormously useful enterprise. But it is an enterprise that requires serious empirical study of the brain, mind, and language.” (Id. p. 169).

Eventos y Causas

En general, para Lakoff y Johnson (1999), los conceptos de estructura-de-evento, tales como EVENTOS, CAUSAS, CAMBIOS, ESTADOS, ACCIONES y PROPÓSITOS, son conceptualizados metafóricamente en términos de nociones más especializadas (por ejemplo, FUERZA). Además, los seres humanos razonamos acerca de eventos y causas usando metáforas que emergen a diario de la experiencia corporizada, de modo que los patrones de inferencias basadas en la experiencia corporal constituyen la fuente de patrones de inferencia más abstractos, que caracterizan nuestro modo de pensar acerca de los conceptos de estructura-de-evento. (Id. p. 171). En particular, esto ocurre con la noción de CAUSALIDAD que, por ser un concepto fundamentalmente humano, aparece en múltiples formas (metáforas), caracterizando mediante distintas “lógicas” nuestras inferencias causales (por ejemplo, causalidad como *camino causal* o causalidad como *efecto dominó*).

Es esta, precisamente, la primera evidencia de que CAUSALIDAD no es un concepto que refleje una realidad independiente de nuestra mente.

De igual manera, los modelos teórico-filosóficos sobre causalidad constituyen un espectro muy amplio:

- a) Las causas son las sustancias materiales.
- b) Las causas son formas.
- c) Las causas son propósitos.
- d) Las causas son las aplicaciones de fuerza.
- e) Las causas son condiciones necesarias.
- f) Las causas son temporalmente previas a los efectos.
- g) Las causas son leyes de la naturaleza.
- h) Las causas son uniformidades de la naturaleza.
- i) Las causas son correlaciones.

¿Por qué –preguntan Lakoff y Johnson- tantas cosas distintas son llamadas CAUSAS?

De acuerdo a estos autores, los conceptos de estructura-de-eventos (conocidos en lingüística como *conceptos aspectuales*²), en particular CAUSAS y EVENTOS, de acuerdo al modelo neural propuesto por Narayanan (1997), herendan la misma estructura que gobierna todos los sistemas de control neural de los movimientos corporales. En otras palabras, “la forma general del control motriz da forma general a todas las acciones y eventos que percibimos” (Id. p. 39). Es decir, los conceptos de estructura-de-eventos son conceptos encarnados.

² “El término *aspecto* se refiere a las diferentes perspectivas del hablante para describir la representación temporal de un evento, acción, proceso, etc. (Klein, 1994, p. 16). Es decir, el aspecto es la representación lingüística de la temporalidad. Comrie (1976, p. 3) define más específicamente al aspecto como “la manera de ver el componente temporal interno de una situación” (principio, intermedio y final). El aspecto se puede marcar explícitamente: aspecto gramatical; o implícitamente: aspecto lexical (Binnick, 1991; Klein, 1994; Smith, 1997)” (Salaberry, R. 2008. Principios básicos de un programa de enseñanza de segundas lenguas. En línea: <http://www.lenguas.unc.edu.ar/elsecongreso/teleconferencia_salaberry.pdf> Consultado el 2 de diciembre de 2010).

El esqueleto literal de nuestra concepción de los conceptos de estructura-de-evento es el siguiente:

1. Estado inicial
2. Comienzo (partida)
3. Fin del comienzo (fin de la partida)
4. Proceso principal
5. Posible interrupción
6. Posible continuación o iteración
7. Estado resultante (término)

Según Narayanan (1997), con este esqueleto literal estructuramos tanto los movimientos de nuestros cuerpos como los eventos en general. Además, dicha estructura implica una rica estructura inferencial. Por ejemplo, “si no hemos partido, entonces no hemos terminado”. (Cf. Id. p. 176).

¿Cuál es el significado del término “literal” en este contexto? Como señalan Lakoff y Johnson, el modelo propuesto por Narayanan sugiere que en el nivel de la experiencia no hay una distinción absoluta entre lo perceptual y lo conceptual, ya que el sistema conceptual hace uso del sistema sensoriomotriz, el cual impone una estructura conceptual básica. (Id. p. 39). Por lo tanto, el esqueleto literal opera en ese nivel de la experiencia, donde lo perceptual/conceptual es una sola cosa³, y son las metáforas las que permiten profundizar en él.

El esqueleto literal del concepto CAUSALIDAD está ligado al esqueleto literal de los conceptos de estructura-de-evento de la siguiente manera: “Una causa es un factor determinante para una situación, donde por ‘situación’ nos referimos a estado, cambio, proceso o acción.” (Id. 177). Lo anterior implica solamente el siguiente compromiso: *Si la causa está ausente y no disponemos de mayor conocimiento, no podemos concluir que la situación ocurrió* o, en otras palabras, carecemos de una justificación para concluir algo. De acuerdo a esto, las posibilidades inferenciales del esqueleto literal de la causalidad son muy limitadas.

El corolario del análisis anterior es que lo que tienen en común todos los variados casos que categorizamos como casos de causación es mínimo. Sin embargo, “la riqueza de las formas de razonamiento causal que realmente usamos proviene de dos fuentes: una causalidad prototípica y una amplia variedad de metáforas para la causalidad.” (Id. p 177).

Causalidad prototípica

La causalidad prototípica es la aplicación directa de fuerza que resulta en movimiento u otro cambio físico:

At the heart of causation is its most fundamental case: the manipulation of objects by force, the volitional use of bodily force to change something physically by direct

³ En este sentido, tal vez, nuestro conocimiento del mundo es no representacional.

contact in one's immediate environment. It is conscious volitional human agency acting via direct physical force that is the center of our concept of causation. (Id. P. 177)⁴

La categoría de los tipos de causalidad es radial y presenta una estructura como la representada en la figura 3.



Figura 3. *Categoría de los tipos de causalidad.*
Representación de algunos niveles en la estructura radial de la causalidad.

El modelo de la categoría radial para los tipos de causalidad muestra que su esqueleto literal es, en cierto sentido, una condición necesaria para que atribuyamos causación en una situación dada. No obstante el limitado potencial inferencial de este esqueleto, el razonamiento causal se extiende a partir del caso prototípico, a través de conexiones metafóricas.

REFERENCIAS

LAKOFF, G. y JOHNSON, M. (1980). *Metaphors we live by*. Chicago: University of Chicago Press.

LAKOFF, G. y JOHNSON, M. (1999). *Philosophy in the flesh. The embodied mind and its challenge to western thought*. New York: Basic Books.

PEÑA, S. (1998). *The prepositions IN and OUT and the trajector-landmark distinction*. RESLA

(13), pp. 261 – 271. Versión electrónica:

<dialnet.unirioja.es/servlet/fichero_articulo?codigo=227015> [consultado: nov. 18, 2010]

⁴ Ver Lakoff y Johnson (1980), cap. 14.